



Margo Glantz

Doña Marina y el Capitán Malinche

Índice

La raza de las mujeres
Y sobre todo el cuerpo, pero el cuerpo viril
¿De qué está hecho el cuerpo de las lenguas?
Doña Marina y el Capitán Malinche

La raza de las mujeres

El mundo de la epopeya tiene poco que ver con las mujeres, aunque quizá mi afirmación valga en este caso sobre todo para la crónica de Bernal Díaz del Castillo, conocida como la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España¹, único texto al que haré referencia aquí. La conquista tratada como un asunto heroico sólo se ocupa de las mujeres como personajes secundarios, anónimos y colectivos; forman parte de un botín de guerra y los soldados se sirven literalmente de ellas para resolver sus necesidades domésticas y cotidianas, esto es, la comida y el sexo. Después de las batallas contra los tlaxcaltecas que terminan con el triunfo de los españoles, Xicoténcatl el Viejo le dice a Cortés, para sellar la alianza:

«porque más claramente conozcáis el bien que os queremos y os deseamos en todo contentaros, nosotros queremos dar nuestras hijas

para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, y no ha sido casada; quiérela para vos». Y asimismo Maseescaci y todos los demás caciques dijeron que traerían a sus hijas, y que las recibiésemos por mujeres; y dijeron otras muchas palabras y ofrecimientos, y en todo el día no se quitaban [...] de cabe Cortés [...] Y Cortés les respondió a lo de las mujeres que él y todos nosotros se lo teníamos en merced y que en buenas obras se lo pagaríamos el tiempo andando.

(p. 197)

Este tipo de pacto no es inédito, obviamente. Se da en las mejores familias y el sacrificio de Ifigenia en la epopeya y en la tragedia griegas puede suceder porque Clitemnestra entrega a su hija pensando que la casarán con un guerrero famoso, y a pesar de que Agamenón es el jefe de los aqueos, grupo racial al que pertenecen tanto Aquiles como Ifigenia, la entrega de una hija para el sacrificio como si se tratase de un animal propiciatorio permite la comparación. Las mujeres del pueblo en el México anterior a la Conquista parecen estar -estaban- a disposición de los vencedores -españoles e indios, mexicas o tlaxcaltecas, o lo que fueran- y un caso singular sería el de la Malinche, entregada a los conquistadores como parte de un botín, después de la batalla de Potonchán, quien de no haber sido entremetida, bulliciosa y desenvuelta, hubiese corrido la misma suerte que las demás mujeres, un total anonimato dentro de la esclavitud. Las hijas de caciques estaban a disposición de sus padres: un ejemplo sería el de la hija de Xicotécatl el Viejo, hermana del Mozo, enemigo de Cortés. Su padre se la ofrece al conquistador, éste la toma y la manda bautizar junto con otras jóvenes nobles que han sido entregadas a los invasores «y se puso nombre a la hija de Xicotenga el ciego, doña Luisa, y Cortés la tomó por la mano y se la dio a Pedro de Alvarado».

(p. 200)

Pedro de Alvarado era soltero y aunque luego se casa con una española, los hijos que «hubo» en doña Luisa se unirán a españoles encumbrados. Curiosamente, después del «desbarate» que los españoles sufren en Tenochtitlán, sola mente se salvan la Malinche y doña Luisa, las dos indígenas. Bernal menciona además a una española, «que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla sino aquella».

(p. 387)

Las mujeres son buenas para «hacer generación», como decía el cacique tlaxcalteca y más tarde Moctezuma, o simplemente para satisfacer el deseo primario de la sexualidad, en un mundo privado de mujeres reales, es

decir, europeas. Las indias suelen ser llamadas simplemente así, indias; y muy a menudo, cuando ya forman parte de un botín de guerra, se les llama «piezas» y se las troquela con un hierro especial hecho para quintar lo obtenido en la futura Nueva España. Dicho hierro lleva la letra G que vale por Guerra: «Aquí se hubieron muy buenas indias y despojos, añade Bernal» (p. 173), cuando relata una de las batallas en que triunfaron, antes de que se ganara Tenochtitlán. Cabe agregar que este tratamiento es universal cuando se trata de los indios cautivados; Bernal relata cómo fueron «castigadas» varias poblaciones, entre ellas Zautla, Tepeaca, Iztacamextitlán, por haber sacrificado y comido a algunos de los españoles que pasaban por allí, mientras sus compañeros, entonces indefensos, eran expulsados de Tenochtitlán por los mexicas:

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado a la villa de Segura de la Frontera, de hacer aquellas entradas que ya he dicho. Y en aquella provincia todos los teníamos ya pacíficos [...] porque todos los pueblos de los rededores habían dado la obediencia a Su Majestad, acordó Cortés, con los oficiales del Rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habían habido para sacar su quinto después que se hubiese primero sacado el de su Majestad, y para ello mandó dar pregones en todo el real que todos los soldados llevásemos a una casa que estaba señalada para aquel efecto a herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y dieron de plazo aquel día y otro, que se pregonó, y todos ocurrimos con todas las indias y muchachas y muchachos que habíamos habido, que hombres de edad no curábamos de ellos, que eran malos de guardar y no hablamos menester su servicio teniendo a nuestros amigos los tlaxcaltecas.

(p. 418)

Es evidente que este tipo de prácticas eran comunes a todos los conquistadores, ya fueran indios o españoles, pero la principal diferencia eran los métodos para castigar y sacrificar a los prisioneros, los indígenas se los ofrecen a sus dioses, sacan su corazón y se comen su carne -son objeto de sacrificio religioso- y los españoles los hierran y los convierten en «piezas», son instrumentos de trabajo. Cabe añadir que entre el indio esclavo y el indio aliado la diferencia es grande; subrayo, para Bernal (y sin duda para sus demás compañeros españoles), el indio, no como individuo en sí mismo sino como grupo humano, ocupa dentro de la jerarquía conformada por los europeos una categoría inferior; por ello, el máximo elogio que puede hacersele será considerarlo semejante a los españoles, aunque nunca igual a ellos:

Ya en aquella sazón habían alzado en México otro señor, porque el señor que nos echó de México era fallecido de viruelas, y el señor que hicieron era un sobrino o pariente muy cercano de Montezuma que se decía Guaremuz [Cuauhtémoc], mancebo de hasta veinticinco años, bien gentilhombre para ser indio [...] y era casado, con una hija de Montezuma, bien hermosa mujer para ser india.

(p. 404)

El paradigma con que se mide al indio es relativo, forma parte de una jerarquía y por tanto de una clasificación, y cuando es sometido a ella suele elevarse casi a la altura del recién venido: reviste alguna de las características que definen al europeo, su inteligencia, su valentía, su hermosura alcanzan una gradación especial y un asombro particular: su comportamiento o su educación, su valor o su hermosura son apreciados si se acercan al patrón occidental. Otro pasaje muestra el asombro que causa la capacidad de los indígenas para entender algunas instituciones de la cultura occidental: «Que aunque son indios, vieron y entendieron que la justicia es santa y buena» (p. 129).

Con todo, en la guerra, el indio es sólo un objeto, un cuerpo esclavo, a veces un cuerpo semejante al de las bestias. Oigamos de nuevo a Bernal: «Y eso pasado, apretamos las heridas con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con unto de un indio de los muertos, que abrimos para sacarle el unto» (p. 82).

Nunca se menciona en la crónica una operación semejante efectuada en los cuerpos de los españoles caídos en batalla, en cambio, muy a menudo se leen descripciones como la siguiente «Y con el unto de indios que ya he dicho otras veces se curaron nuestros soldados que fueron quince» (pp. 163) . Los indios cautivos pierden su categoría humana: los cerdos proporcionan el unto, tipo de grasa que no hace mucho se utilizaba con abundancia en México.

Pero si el indio puede convertirse en objeto, las mujeres lo son invariablemente, aunque pertenezcan a las clases altas, sean hijas de caciques, vistan «ricas camisas de la tierra», lleven collares de oro en el cuello y zarcillos del mismo metal en las orejas y lleguen acompañadas de otras indias para servirse de ellas, siempre serán parte de un botín de guerra. Doña Marina, Malinalli o Malinche escapa en parte a esta cosificación. Bernal la menciona invariablemente y, a pesar de que su labor como lengua ha merecido un capítulo entero de encomio, cree necesario reiterarlo capítulo tras capítulo, aunque aparezca siempre en pareja con Jerónimo de Aguilar, pero su admiración hacia ella es explícita y categórica, y muy pocas veces elogia la habilidad o la diligencia del intérprete español. Dice por ejemplo: «Y Cortés le respondió con nuestras lenguas que consigo siempre estaban, especial la Doña Marina» (p. 243) y añade:

Dejemos esto y digamos cómo doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes con ají [sic], y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer.

(p. 172)

Es bien sabido, como lo sabían los griegos, que la raza de las mujeres es diferente a la de los hombres y cuando una mujer se comporta de manera distinta a la del modelo cultural que la codifica, su conducta excepcional le otorga categoría humana, es decir, la convierte en hombre. ¿No será que tras de esa admiración y ese deseo de compararla o identificar su fuerza, su coraje, su valentía o su inteligencia con la del varón se esconda un malestar extraño y cierto temor? La diferencia se inscribe sobre dos ejes paralelos, contiguos o confundidos, el estatuto del cuerpo viril y su relación con lo femenino.

Y sobre todo el cuerpo, pero el cuerpo viril

Un hecho resalta cuando se lee atentamente a Bernal: la omnipresencia del cuerpo. Los tabasqueños, dice Bernal: «tornaron a reparar y hacer cara, y peleaban muy valientemente y con gran esfuerzo, y dando voces y silbos» (p. 75). La epopeya está habitada por cuerpos viriles. Es natural, el hecho mismo de conquistar está ligado al cuerpo viril: la lucha es literalmente cuerpo a cuerpo y los golpes lo desgarran, lo abren, las espadas lo hieren, las lanzas lo penetran, el frío lo quema, los pedernales lo hienden. Asimismo, el castigo vulnera la integridad corporal de quienes son juzgados como transgresores. Cortés manda azotar o cortar las manos o los pies a los españoles que roban aunque sea un poco de tocino y a los disidentes los compra con prebendas o con oro, y cuando no puede ablandarlos, palabra clave en el texto, los manda ahorcar. A los indios espías les corta las manos y los dedos pulgares y se los envía como represalia a Xicoténcatl el Mozo, su enemigo. Ciertos españoles sufren de enfermedades vergonzosas claramente verbalizadas por el cronista: «algunos de nuestros hombres estaban malos de bubas o humores y les dolieron los muslos al bajar [las escaleras del Templo Mayor]». Otros sufren de un ridículo mal de lomos, su ociosidad en la isla de Cuba no los ha preparado para el violento esfuerzo que deberán desplegar durante la guerra de conquista.

Por su parte, los indígenas recogen los cuerpos de sus propios muertos y los queman o entierran para que no huelan mal y a los enemigos los sacrifican, les sacan el corazón y comen su carne. Bernal refiere cómo Cortés y sus hombres visitan el Templo Mayor guiados por Moctezuma y la casi intolerable convivencia con los cuerpos tajados y la sangre derramada, escenas, por otra parte, innumerables, contempladas y descritas por los invasores:

Y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado de ello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor. Y allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados [...] y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor que no veíamos la hora de salirnos

fuera.

(p. 260)

Las relaciones con el propio cuerpo se transforman a medida que los españoles avanzan por el territorio de lo que será después la Nueva España, y esta verificación se aplica tanto a los extranjeros como a los indios. Las diferencias raciales juegan un papel decisivo, sobre todo en lo que se refiere a la velloso que cubre el rostro de los europeos frente a los rostros casi imberbes de los indios. De hecho cuando se leen ciertos episodios, varios datos dan motivo de reflexión: en una refriega entre los mexicas y algunos de los hombres que Cortés ha dejado en la retaguardia se cuenta la historia de un soldado llamado Argüello:

y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo, que se decía Argüello, que era natural de León, y tenía la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa, y era muy robusto de gesto, y mancebo de muchas fuerzas, y le hirieron muy malamente [...] Y dejarlo he aquí, y volvamos a nuestra materia, y diré cómo los capitanes mexicanos, después de darle la batalla a Juan de Escalante, se lo hicieron saber a Montezuma y aun le llevaron presentada la cabeza de Argüello, que pareció ser murió en el camino de las heridas, que vivo le llevaban. Y supimos que Montezuma cuando se la mostraron, como era robusta y grande y tenía grandes barbas y crespas, hubo pavor y temió de la ver, y mandó que no la ofreciesen a ningún en de México, sino en otros ídolos de otros pueblos.

(p. 270)

El cuerpo de Moctezuma y el cuerpo de Argüello son cuerpos viriles y sin embargo el de este último causa repugnancia, pero sobre todo aterroriza al monarca, de la misma forma en que los cuerpos tajados, los corazones arrancados, la sangre derramada y ya hedionda causa una violenta repulsión a los españoles. Nunca antes la fragilidad del cuerpo se ha percibido con tanta agudeza, nunca antes las diferencias raciales han provocado tanto rechazo y han puesto en jaque estructuras tan arraigadas. Algo semejante sucede cuando los indígenas, extrañados ante la inédita figura de hombres armados, barbados y montados a caballo, no pueden ubicarlos como humanos y los convierten en teules, dioses o demonios. Es necesario que Xicoténcatl el Mozo capture una yegua, la destaque y la ofrezca en sacrificio para que los indígenas empiecen a verificar la flagrante humanidad de los invasores, temidos por su aspecto de centauros.

El mismo terror que la cabeza de Argüello le ha producido a Moctezuma, les causa a los españoles ver a sus compañeros muertos por los de Texcoco y los de México y sacrificados en un templo situado en la provincia de Chalco:

Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron, por las paredes, con que habían rociado con ella a sus ídolos, y también se halló dos caras que habían desollado y adobado los cueros, como pellejos de guantes, y las tenían con sus barbas

puestas ofrecidas en uno de sus altares. Y asimismo se halló cuatro cueros de caballos, curtidos, muy bien aderezados, que tenían sus pelos y sus herraduras, y colgados a sus ídolos en su en mayor. Y hallóse muchos vestidos de los españoles que habían muerto, colgados y ofrecidos a los mismos ídolos. Y también se halló en un mármol de una casa, escrito con carbones: «Aquí estuvo Juan Yuste, con otros muchos que traía en mi compañía». Este Juan Yuste era un hidalgo de los de caballo, que allí mataron, y de las personas de calidad de Narváez. De todo lo cual Sandoval y todos sus soldados hubieron mancilla y les pesó.

(p. 444)

De otra índole, puesto que no se trata en apariencia de un sacrificio sino de un rechazo cabal a una cultura extraña que se le ha impuesto, Melchorejo, uno de los indios que ha servido de lengua en las expediciones hacia México y que Cortés lleva consigo, escenifica un ritual muy digno de tomarse en cuenta. Cabe advertir que para entender el pasaje que a continuación citaré, los indios-lengua, antes de tener ese título, debían de ser bautizados y vestidos con ropas europeas, además de aprender el idioma extranjero que los habilitaba como lenguas:

Otro día de mañana mandó Cortés a Pedro de Alvarado que saliese por capitán de cien soldados y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese a ver la tierra adentro hasta la andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía a Melchorejo, la lengua de la punta de Catoche, y cuando le fueron a llamar al Melchorejo no le hallaron, que se había ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque según parecía, el día antes, en la Punta de los Palmares dejó colgados sus vestidos que tenía de Castilla y se fue de noche en una canoa.

(p. 77)

La complicación no proviene de la anécdota, es decir, del hecho mismo de que el indio se escape para reunirse con los suyos y luchar contra los agresores, no, se trata de averiguar de qué forma una sociedad encuentra los fundamentos que necesita para convertirlos en modelos. Para los españoles el intérprete es un cuerpo mutilado, convertido en sinécdoque, la figura retórica que toma la parte por el todo y condensa en un sólo órgano la eficacia de su quehacer, pero al mismo tiempo y en contradicción tajante con esa operación simbólica, el cuerpo en su totalidad debe incorporarse -y valga el pleonasma- a otra forma de concebir el cuerpo, a otra forma de mirarlo, a otra forma de ceñirlo. El indio debe adoptarla vestimenta y la religión de su amo; al recobrar su libertad, el esclavo recupera su verdadero aspecto y abandona el atuendo que lo desnaturaliza. «La ropa de Castilla» colgada por Melchorejo en el Palmar equivale en

realidad, si lo analizamos con cuidado, a un sacrificio y puede compararse con la ropa de los españoles colgada en el altar de los sacrificios, ropa que se añade a los despojos corporales de quienes fueran inmolados en la provincia de Chalco. Este dato se confirmaría quizá si leemos la última parte de esta historia: Melchorejo huye, vestido como indígena, a engrosar las filas de sus hermanos y les aconseja luchar contra los españoles, les revela sus debilidades, les explica sus tácticas y piensa que así los tabasqueños podrán vencerlos. Cortés gana sin embargo la batalla y Melchorejo es castigado: «y supimos que le sacrificaron -explica Bernal-, pues tan caro les costó sus consejos» .

(p. 88)

¿De qué está hecho el cuerpo de las lenguas?

Curiosamente, no pasa lo mismo con el cuerpo de las mujeres indígenas que mantienen su vestimenta original; con todo, para ser concubinas de los capitanes y los soldados deben antes bautizarse, aunque su aspecto exterior no se altere. Doña Marina es representada en los códices al lado de Cortés vestida siempre con «las ricas camisas de la tierra», según califica Bernal la prenda clásica de las mujeres, indígenas, el huipil. Además, si bien Bernal no tiene empacho en nombrar con todas sus letras las heridas y cicatrices que el cuerpo de los hombres recibe en las batallas; si tampoco tiene empacho en nombrar las enfermedades, o en relatar pequeños accidentes cotidianos, por ejemplo cómo ha perdido Cortés una de sus alpargatas en el fango por lo que su eficacia en la pelea disminuye o cómo tiene que imponer una tregua «porque estaba purgado el día antes, y purgóse con unas manzanillas que hay en la isla de Cuba» (p. 188) ; y si además, cuida con exceso las descripciones de la catadura, los rostros y el carácter de los varones que habrán de tener algún peso en la narración, como ya lo he señalado antes y lo pormenorizaré con mayor precisión después, al hablar de las mujeres se concreta a señalar simplemente si son hermosas o feas, es decir, la apreciación estética determina la medida de su deseo. Esta regla se aplica por igual a indias y españolas («Antonio de Villar real, marido que fue de una señora hermosa que se dijo Isabel de Ojeda», explica Bernal, una vez consumada la Conquista [página 432]). A Marina la caracteriza, le otorga cualidades morales, además de las estéticas. Dice que era de buen parecer, excelente mujer y buena lengua, y también, repito, entremetida, desenvuelta y bulliciosa.

Sobre el cuerpo del guerrero, Bernal puede consignarlas más leves minucias,-en cambio, el cuerpo de la mujer permanece invisible en el discurso o, a lo sumo, con unos cuantos adjetivos da cuenta de su hermosura o de su alcurnia. En la epopeya, el cuerpo viril configura un modelo de lo masculino y es percibido en su más completa materialidad y no como abstracción: el cansancio, el hambre, las heridas se marcan indeleblemente en distintas partes de su cuerpo. Las mujeres, de cuyos

cuerpos gozan los soldados y gracias a quienes pueden muchas veces comer, no tienen cuerpo en el discurso, o si lo tienen éste es siempre un cuerpo genérico, abstracto, destinado al placer -a su vez púdicamente omitido de la descripción- o para «hacer generación», cosa que cuando sucede, se declara como dato que cae por su propio peso y porque las mujeres forman parte de una masa anónima, por lo tanto, colectiva y multitudinaria, confundidas con el botín, con las mantas ricamente bordadas, el oro trabajado con primor y descrito minuciosamente aunque luego sea fundido, las gallinas y las demás viandas. En el terreno de lo político, el pudor prohíbe verbalizar el acto sexual, un coito ejercido con mujeres ilegítimas, tomadas como concubinas, aunque sean de noble descendencia, y las que, para licitar el coito, deben antes ser bautizadas.

Esto significa que cuando se lee a Bernal -o a otros cronistas españoles- hay que buscar operaciones de pensamiento más complejas que la constante verificación de categorías antitéticas. El cuerpo viril, el cuerpo del guerrero -figura épica por antonomasia- está sujeto a operaciones de pensamiento, a construcciones textuales. Los cuerpos varoniles ocupan un lugar singular en el relato, dan cuenta de su heroísmo y agigantan su presencia, realzando así la valentía de un puñado de hombres, que permite vencer a cantidades innumerables de soldados también heroicos. Cada cuerpo varonil vale su peso en oro y se diferencia de los demás por su propia singularidad específica.

Para recobrar el cuerpo de la mujer -y en este caso específico el de doña Marina-; para darle sentido al silencio observado en el texto sobre este tema, o más bien sobre lo que la mujer significa en ese universo guerrero -Intrínsecamente masculino-, tendré que acudir a un subterfugio, analizaré las secuencias recurrentes en el discurso de percal donde se delinea un cuerpo individual masculino. Inició este esbozo con el cuerpo de Jerónimo de Aguilar, impecablemente descrito por Bernal. Cortés ha oído que en Yucatán hay hombres barbados -por tanto españoles- y trata de rescatados. Después de algunos incidentes aparece Aguilar con seis indios de Cozumel:

Y Andrés de Tapia, como los vio que eran indios, porque Aguilar ni más ni menos era que indio, luego envió a decir a Cortés con un español que siete indios de Cozumel son los que allí llegaron en la canoa [...] y luego se vino Tapia con el español a donde estaba Cortés, y antes que llegasen ciertos soldados preguntaban a Tapia: «¿Qué es del español?» y aunque iba junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno y tresquilado a manera de indio esclavo, y traía un remo al hombro, una cotara vieja calzada y la otra atada en la cintura, y una manta vieja muy ruin, y un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, y traía atada en la manta un bulto que eran Horas muy viejas. Pues desde que Cortés los vio de aquella manera también picó, como los demás soldados, y el español, como le entendió, se puso en cuclillas, como hacen los indios, y dijo: «yo soy». Y luego le mandó dar de vestir, camisa y jubón y zaraguëlles y caperuza y alpargatas, que de otros vestidos no había, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba, y cuándo vino a aquella tierra. Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar y que era natural de Ecija .

(pp. 68-69)

El relato de Bernal nos habla indirectamente de una práctica social sometida a un proceso muy avanzado de elaboración discursiva, donde lo que se calla se aclara por contraste con lo que se dice; y para darle sentido al silencio que se le reserva a la mujer, así se trate de la protagónica Malinche, seguiré analizando las secuencias recurrentes donde se define lo que es un cuerpo de español como paradigma de lo civilizado.

Aguilar relata lo sucedido con Gonzalo Guerrero, el español que prefirió la cultura de los que después serían vencidos. Leo en extenso un pasaje muy conocido:

Y caminó Aguilar a donde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo, cinco leguas de allí, y como le leyó las cartas, Gonzalo Guerrero le respondió: «Hermano Aguilar: yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénneme por cacique y capitán, cuando hay guerras; idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya veis estos mis hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra». Y asimismo la india mujer del Gonzalo habló a Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: «Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; idos vos y no curéis de más pláticas». Y Aguilar tornó a hablar a Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que los llevase consigo si no los quería dejar.

(pp. 64-65)

De nuevo los cuerpos y su vestimenta, Aguilar vestido de indio pero como indio pobre, como esos indios que vienen en embajada ante Cortés vestidos con ropas modestas y con las caras «tiznadas», embajada que Aguilar y doña Marina definen como un insulto. Aguilar ha trocado sus escasas ropas de indio sus ademanes de esclavo (esclavo entre los esclavos porque lo es entre los indios) por ropas de soldado español, que aunque también precarias, le permiten funcionar como lengua puesto que va ataviado como soldado raso.

Quien se interese en las representaciones del cuerpo en el texto de Bernal, no puede olvidar un dato: las estrictas diferencias que separaban a un europeo de un nativo del México prehispánico pasaban sobre todo por el cuerpo y el vestido. Guerrero -curioso nombre que recuerda al oxímoron: un guerrero que no quiere pelear con sus hermanos y que por ello pierde su nombre-, Gonzalo Guerrero digo, ya es totalmente un indio: su rostro ha sufrido transformaciones imposibles de erradicar. Además, como lo subraya Aguilar, abandona su religión, su cultura y su lengua por una mujer, y para colmo india, aunque ésta parece ser más aguerrida que su propio

marido, lo que trastrueca el modelo femenino que esta crónica propone, dato al que debería prestarse mayor atención. Aún más, ha asumido, como el propio Aguilar, una gestualización indígena, y ya como indio pide rescates, esas cuentas verdes con que los españoles iniciaban la ceremonia del trueque con los nativos. Reitero, este tema merecería un análisis mucho más profundo, lo dejo aquí, a reserva de volver a él en otra ocasión, para ahora analizar, por fin, el caso de doña Marina, nuestra Máxima Lengua.

Doña Marina y el Capitán Malinche

Seré breve. Sólo esbozaré una idea que me gustaría seguir analizando y que ya había trabajado en un ensayo mío anterior³. Formulo una extraña ambigüedad, la que se produce en el texto de Bernal, esa crónica donde doña Marina, a pesar de ir vestida de huipil, a pie, siempre en la refriega al lado de su amo, montado a caballo o sentado en su silla de tijera, doña Marina, vuelvo a decir, ocupa el lugar principal en el discurso junto a Hernán Cortés, por lo menos hasta la conquista de Tenochtitlán.

Cortés, en cambio, sólo menciona una vez a Marina en su Quinta Carta de Relación. Esa omisión delinea como fundamento de lo político la categoría imponente de lo masculino. Sin embargo, hay que suplir el silencio de los textos y recurrir a la figura de Malinali-MalincheMarina para esbozar una ambivalencia respecto a la virilidad, esa categoría contundente. No deja de tener importancia que esa reflexión se lleve a efecto en la epopeya -la crónica de la verdadera historia de la Nueva España, inminentemente un hecho heroico-, donde lo masculino deja trazas de su importante y sin embargo -como lo veremos- frágil estatuto. Bernal, siguiendo el ejemplo de los indios que- así lo llaman, rebautiza al conquistador Hernán Cortés, conocido en la crónica como el Capitán Malinche: la presencia inexorable de Marina ha alterado su identidad poco tiempo después de que ella fuese habilitada como lengua.

Transcribo las palabras de Bernal Díaz, que explican sin ambages esa transformación:

Antes que más pase adelante quiero decir cómo en todos los pueblos por donde pasamos y en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche, y así lo nombraré de aquí a adelante, Malinche, en todas las pláticas que tuviéramos con cualesquier indios, así de esta provincia de Tlaxcala como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga. Y la causa de haberle puesto este nombre es que como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el Capitán de Marina y para más breve le llamaron Malinche.

(pp. 193-194)

El cuerpo del conquistador ha sufrido una transformación radical, ha sido transferido al cuerpo de Malinche o se ha confundido con él. Es más, la visión de Bernal se ha contaminado, asume ya el punto de vista de los conquistados. La lengua, mejor dicho, quien ejerce ese oficio, Marina, la intérprete por antonomasia, acorta las distancias, esas distancias irreductibles que separan -a partir de sus funciones sociales-, a las mujeres de los hombres, es más, y aquí el texto da una extraña voltereta, el lugar del destinatario del discurso se fractura, es decir, el destinatario español a quien va dirigida la crónica pierde la solidez de su estructura, porque es el vencido, el indígena, el objeto y no el sujeto del discurso quien tiene la palabra, por lo menos durante esa difícil y heroica etapa en que la lucha entre españoles e indígenas aún no se dirime. Una última cita refuerza lo antes dicho: Bernal relata una refriega entre españoles y mexicas, una de tantas escaramuzas anteriores a la toma de Tenochtitlán por los españoles:

viendo que aprovechaba cosa ninguna y no podían atinar el camino y calzada que de antes tenían en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mexicanos y los del pueblo [Xaltocan] les daban mucha grita y les llamaban de mujeres, e que Malinche era otra mujer.

(p. 449)

Cortés-Malinche, ¿un cuerpo doble?, el cuerpo de doña Marina-Malintzin, la intérprete, y el de Hernán Cortés se yuxtaponen, ¿o son quizá un único y solo cuerpo? Para los indígenas ella es definitivamente la dueña del discurso, y él, Cortés, el Capitán Malinche, jefe de los españoles, un hombre despojado de repente de su virilidad carece de lengua porque sus palabras carecen de fuerza, es decir, de inteligibilidad, sólo las palabras que emite una mujer que cumple con excelencia su oficio de lengua (es bien conocida la ambigüedad que rodea a la palabra lengua) alcanzan a su destinatario: esa operación de lenguaje actúa sobre la virilidad y enturbia la que debiera ser una estricta categoría, la de lo masculino. Juegos de lengua operan con una extraña alquimia y transforman al conquistador Hernán Cortés en una mujer, porque, como lo reitera el texto recién citado, es, como sus soldados, llana y simplemente otra mujer. En este intercambio que perturba el equilibrio de lo masculino y de lo femenino, Cortés sufre la peor afrenta, se le incorpora a una categoría sexual nefanda, la más temida y despreciada por los españoles, la del invertido, el sodomita. Leamos para terminar otro fragmento de Bernal, quizá confirme lo antes dicho:

Sería el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, e cenceño e pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas

barbas, prietas y bien puestas y ralas, y el rostro algo largo y alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, y cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañándose cada día una vez a la tarde; tenía muchas mujeres por amigas, e hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente, que no alcanzaban a saber sino algunos de los que le servían; era muy limpio de sodomías.

(p. 248)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario